



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chène
all'ombra della quercia
in the shade of the oak tree

Magdalena Aulina

15-04-2026

«Ave Maria!

Muy amada hermana en el Señor: Cuánto me place, al llegar a este nido de nuestra Madre tan amada, dirigirme a ti y a todas las tuyas, implorando la ayuda de vuestras oraciones, para que sepa disponer mi alma con tal amor y gracia en el regazo de mi dulcísima María, pudiéndole decir: ¡Madre!, ¡Madre mía! Aquí tienes a esta pequeña y miserable hija, para que hagas de ella un instrumento útil, digno y grande en el servicio de Jesús Niño, único amante y amado de mi pequeña alma.

Montserrat, dile a tu hermano Tomás que gracias a la pluma que llevo en el monedero puedo escribir estas rayas, mientras Carmen anda de aquí para allá, para que sea atendida y nada me falte. [...] Yo estoy esperando que se marche, para entrar de una vez en el silencio y quietud dentro de mi alma, echándome confiada y abandonada en brazos de mi tierna y amada Madre. Sí, díles a todas que por cada una pediré y hablaré a mi Mamá, y ella, que es tan Madre, me ayudará a hacerlo bien, confiando que todas os haréis cargo de mi pequeñez, aceptando mi buena voluntad. [...]

Ahora tomo posesión de mi celda, que es San Benet. Es grande y da mucho el sol. ¡Cuán bueno es Jesús, hermana mía! Ayúdame a pedirle que sepa ser agradecida.

Adiós, porque el chofer ya espera y Carmen ha de marchar. [...] Rogad por esta pequeña alma que de veras os ama. Hasta el lunes. Os recordaré en mi silencio. Recuerdos para todas,

Magdalena Aulina de J[esús]. M[aría]. y G[ema]».

Magdalena solía visitar el santuario de Nuestra Señora de Montserrat, situado en unas particulares montañas rocosas "aserradas" (de ahí el nombre de Montserrat). A menudo iba allí con una familia de amigos de Banyoles, los Sres. Albiñana Roig, quienes frecuentaban el lugar porque el señor Albiñana tenía muchos amigos entre los monjes del monasterio benedictino de Montserrat, quienes pudieron, así, conocer también a Magdalena. Pronto se dieron cuenta de que se trataba de una mujer especial, por lo que amablemente le concedieron permiso para permanecer en el Santuario de la Virgen incluso después de la hora de cierre.

Durante una de esas visitas, Magdalena sintió la necesidad de confesarse, y en ese momento vio a un monje que se dirigía al confesionario. Era el padre Fulgencio María Albareda. Cuando se arrodilló, Magdalena ni siquiera necesitó presentarse, pues el padre la recibió cordialmente, diciéndole que la estaba esperando, porque el Señor se lo había revelado. Durante las horas que pasó en el camerino de la Virgen, Magdalena le había orado pidiendo un director espiritual santo y sabio que guiara su alma según los planes del Señor sobre ella.

Así, en 1928, el monje Fulgencio Albareda se convirtió en director espiritual de Magdalena. Sin necesidad de muchas palabras, los dos se conocieron, se comprendieron y se sintieron elegidos providencialmente por Dios. El padre Fulgencio murió mártir en 1936, durante la Guerra Civil Española. Fue beatificado en 2013.

El padre Albareda recomendó el silencio a Magdalena, dándole un fundamento cristológico esencial, relacionándolo con la pasión de Jesús, es decir, con la actitud de silencio que Jesús mismo asumió ante el sufrimiento, la acusación y la condena injusta.

Magdalena viviría fielmente el silencio a lo largo de su vida, como actitud de prudencia ante la incomprensión y la contradicción, convirtiéndose así en víctima unida a Jesús, haciendo suya su misma actitud para la salvación de las almas.

Darse a Dios por las almas constituye la síntesis heroica de su vida: su sacrificio unido al de Jesús en la obra suprema de la redención, renovada en cada Eucaristía. Éste es el núcleo teológico de la fe cristiana, que en Magdalena se convierte en una experiencia mística, total y completa.

Es de esta profunda experiencia de silencio, de abandono y de entrega total de donde surge también la carta de hoy.

En ella podemos acercarnos no sólo a los acontecimientos de su vida, sino sobre todo a su corazón, a su alma delicada y sensible.

Nos permite descubrir otros matices de su espiritualidad. Se hacen patentes su sencillez y "pequeñez": ella misma se define como una "hija pequeña y miserable". Ella sólo deseaba ser un instrumento útil y digno al servicio de Jesús. Desde la celda soleada de San Benet, su corazón rebosa de amor y de asombro: ¡Qué bueno es Jesús, hermana! Y su profunda gratitud, que la acompañó durante toda su vida y siguió siendo una preciosa norma de sus enseñanzas.

Y, sin duda, se hace patente su profunda devoción a la Virgen María; recordemos que su Obra nació en el mes de María, en 1916.

A la oración de Magdalena a la Virgen Morenita de Montserrat unamos nuestra oración:

¡Salve, Virgen María, Reina de Montserrat!

Tú eres nuestra esperanza, tú eres la salud de los enfermos y el consuelo de los afligidos,

míranos a nosotros, tus hijos.

Protege nuestras ciudades, familias, enfermos, jóvenes y niños.

Oh, Reina de la Paz,

extiende tu manto sobre todos los países martirizados por la guerra;
y transforma los corazones para que renazca la concordia entre los pueblos.

Te confiamos nuestro amor, nuestras esperanzas y nuestras vidas,

para que los conduzcas a tu Hijo,

y por su amor nos conceda la gracia que te pedimos. Amén.

